

## Reminiscencias de *Timón* de Luciano en *La Hora de todos* y *la Fortuna con seso* de Quevedo

---

Manuela García Valdés  
Universidad de Oviedo

La presencia de Luciano en autores españoles fue objeto de estudio, en una tesis doctoral, por Antonio Vives Coll<sup>1</sup>, quien hace ver que los humanistas españoles se acercan a Luciano debido al interés que tienen por seguir la obra de Erasmo, muy influido por el escritor samosatense. En un artículo posterior, el mismo estudioso<sup>2</sup> añade otros puntos de su tesis, expresa los juicios sobre Luciano de algunos humanistas -entre los que se encuentra Quevedo-, y da referencia de los traductores de la obra de Luciano en España entre 1500 y 1700. Son útiles también las páginas de J. Alsina en su edición<sup>3</sup>, dedicadas a anotar la influencia que ejerció Luciano en escritores españoles, así como los traductores de su obra. Del mismo modo, Margarita Morreale en un artículo<sup>4</sup> ha estudiado algunos de los temas preferidos por Luciano y la influencia que han podido tener en los *Sueños* de Quevedo. La lectura de las obras de Luciano -entre otras, *El sueño o El gallo*- le sugiere probablemente al satírico español la idea del sueño como medio de atacar, satirizar y poner al descubierto los vicios sociales de su tiempo, y lo plasma en esas pequeñas obras maestras que constituyen los *Sueños*.

---

<sup>1</sup> *Luciano de Samosata en España*, Universidad de La Laguna, 1959.

<sup>2</sup> «Luciano de Samosata, enjuiciado por españoles (1500-1700)», *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. II, pp. 186-191; con la opinión, entre otros, de Juan Luis Vives, Alfonso de Valdés, Pero Mexía, Cristóbal de Villalón, Juan de Aguilar Villaquirán, Francisco de Herrera Maldonado, Quevedo y Baltasar Gracián.

<sup>3</sup> J. Alsina, *Luciano. Obras*, vol. I, Eds. Alma Mater, Barcelona 1962, con una introducción (pp. XI-LXXX) y bibliografía adecuada; del mismo autor Introducción general actualizada en *Luciano. Obras*, I, ed. Gredos, Madrid, 1981, pp. 7-69.

<sup>4</sup> «Luciano y Quevedo: la humanidad condenada», *Revista de Literatura*, Madrid, VIII (1955) 213-227.

Nuestra tarea consistirá en indagar las afinidades y ecos de *Timón* o *El Misántropo* del samosatense en la obra burlesca y de sátira político-social de Quevedo, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*<sup>5</sup>, a la que subtitulan *Fantasia moral*, y que es considerada por algunos como uno más de los *Sueños* -así, Menéndez Pelayo, Mérimée, Cejador<sup>6</sup>.

Quevedo se forma como humanista<sup>7</sup> en la Universidad de Alcalá de Henares, estudiando lenguas clásicas, francés, italiano y filosofía; mantiene correspondencia con el humanista Justo Lipsio<sup>8</sup>, de quien recibe influencia filosófica y literaria<sup>9</sup>; traduce las poesías de Anacreonte en verso; escribe *Discurso de la vida y tiempo de Focílides*, y se lo dedica al duque de Osuna; compone, *Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica. Defiéndose Epicuro de las calum-*

---

<sup>5</sup> *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, ed. Luisa López Grigera, *Clásicos Castalia*, Madrid 1975; edición que sigo para este tratado, así como, para el resto de las obras, la de F. BUENDÍA, *Don Francisco de Quevedo y Villegas. Obras completas*, tomo I. *Obras en prosa*, Aguilar, Madrid 1974<sup>2</sup>. Obra escrita entre 1635 y 1636, publicada en Zaragoza en el año 1650, y en 1651, -muerto ya Quevedo en 1645-, bajo el título, *La Fortuna con seso y la hora de todos. Fantasia moral*. Cf. Introducción crítica de la edición de López Grigera, pp. 10-11, n. 3.

<sup>6</sup> MENÉNDEZ PELAYO, *Biblioteca de Traductores Españoles*, Madrid, Ed. Nacional, 1953, t. IV, p. 93. E. MÉRIMÉE, *Essai sur la vie et les oeuvres de Francisco de Quevedo*, París, 1886. J. CEJADOR Y FRAUCA, Introducción a su edición de los *Sueños*, Clásicos Castellanos, Madrid, 1954, p. XII.

<sup>7</sup> Véase, entre otros, sobre Quevedo como humanista, MICHÈLE GENDREAU, *Héritage et création: Recherches sur l'humanisme de Quevedo*, Lille-Paris, Université de Lille-III, Librairie Honoré Champion, 1977; RAIMUNDO LIDA, «De Quevedo, Lipsio y los Escalígeros», en *Letras Hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, pp. 157-162. Y la completa bibliografía que cita VICTORIANO RONCERO LÓPEZ en *El Humanismo de Quevedo: Filología e Historia, Anejos de la Perinola. Revista de Investigación Quevediana*, n° 6, Edcs. Universidad de Navarra, Pamplona, 1999.

<sup>8</sup> Sobre este importante humanista, Justo Lipsio (1547-1606), véase L. D. REYNOLDS Y N. G. WILSON, *D'Homère à Erasme. La transmission des classiques grecs et latins*, París, 1988; en el capítulo V. Quevedo, siguiendo las huellas de Justo Lipsio, asocia Epicteto a Séneca y trata de conciliar estoicismo y fe cristiana, creándose un sistema moral neo-estoico, Cf. P. DELACROIX, «Quevedo et Sénèque», *Bulletin Hispanique* LXV (1954) 305-307 (p. 305).

<sup>9</sup> El enorme cultivo de las lenguas clásicas por los humanistas, así como su profunda formación, se corresponden con la proliferación en los siglos XVI y XVII de escuelas de gramática, colegios y universidades. Será precisamente Felipe IV, con la pragmática de 10 de febrero de 1623, quien suprime todos los estudios de gramática en las ciudades y villas donde no hubiese corregidor. Los humanistas, a partir de entonces con mayor necesidad, tienen que buscar otros lugares para su trabajo y entran al servicio de nobles como preceptores, secretarios o anticuarios, con un trato poco digno, casi de criados y con un escaso sueldo. Véase sobre estos temas, L. GIL, «Filología y Humanismo», en *Actualización Científica en Filología Griega*, ICE, Universidad Complutense de Madrid, 1984, pp. 705-722, con bibliografía general muy adecuada y también específica para el siglo XVII; la tesis doctoral de ENRIQUETA DE ANDRÉS, *Helenistas españoles del siglo XVII*, Tesis Universidad Complutense, Madrid 1975; GREGORIO DE ANDRÉS, «El helenismo en España en el siglo XVII», Madrid, FUE, 1976; Luis de Cañigral, «Un humanista valdepeñero: Jerónimo Martín Caro y Cejudo (1630-1712). Bibliografía», *Cuadernos de estudios manchegos*, 7, (2ª época), diciembre 1978, pp. 45-80; interesante para el conocimiento de las escuelas de gramática del s. XVII.

*nias vulgares*<sup>10</sup>; y *La vida de Marco Bruto*, bajo la influencia de Plutarco; traduce, comenta y admira las obras de Séneca<sup>11</sup>. Él ha leído con fruición los autores griegos y latinos y las numerosas versiones de los textos bíblicos. Leyendo y releendo sus autores favoritos se compenetró tanto con el espíritu de sus obras que éste aparece en las propias con gran autenticidad y fuerza, reflejando magistralmente la sociedad y el pueblo español de su tiempo y a la vez dejando notar el eco de los autores antiguos<sup>12</sup>.

Quevedo, por otra parte, es hombre con gran experiencia política por estar al lado de los Grandes de España de su época: el duque de Osuna (virrey de Sicilia), el Conde-Duque de Olivares, el Duque de Medinaceli y llegar a ser Secretario honorífico del rey Felipe IV. Su proximidad al poder le da un conocimiento grande de los entresijos y la urdimbre que los intereses de los nobles y grandes señores, por una parte, y del monarca con sus validos, por otra, van creando. La reflexión filosófica y la crítica mordaz irán aumentando en su creación según va atravesando sucesivas crisis en su propia vida, que le descubren la naturaleza corruptora del poder. Sufre decepción y desengaños de quienes le habían favorecido, así como duros ataques e invectivas de sus enemigos literarios y políticos. Los terribles altibajos en sus experiencias personales le llevan, finalmente, tras alejarse de las galas literarias y de las fiestas de Palacio, a una cierta misantropía y a una comprensión muy subjetiva de los acontecimientos, con una mirada penetrante y dura de la realidad socio-política que le toca vivir. De esta época son *Remedios de cualquier fortuna* y la preparación de la segunda parte de la *Política de Dios*, ataque directo a la actuación política del Conde-

---

<sup>10</sup> Obra escrita, siguiendo, sin duda, la corriente erasmista. Sobre la influencia de Erasmo en Quevedo, véase, M. BATAILLON, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México / Buenos Aires, 1966, pp. 774-776.

<sup>11</sup> Véase, P. DELACROIX, «Quevedo et Sénèque», *op. cit.*; A. ROTHE, *Quevedo und Seneca: Untersuchungen zu den Frühschriften Quevedos*, Kölner romanistische Arbeiten, N. F., Heft 31. Genève / Paris, 1965. Sobre los conflictos de pensamiento en Quevedo ocasionados por el estoicismo, cf. Introducción de la edición de G. SOBEJANO, *Francisco de Quevedo*, Madrid, Taurus, 1984<sup>2</sup>; con capítulos muy interesantes de varios autores; sobre este asunto, véase de Ch. MARCILLY, «La angustia del tiempo y de la muerte en Quevedo», pp. 75-85; y de AMÉRICO CASTRO, «Escepticismo y contradicción en Quevedo», de la edición de G. SOBEJANO, ya mencionada, en pp. 39-43.

<sup>12</sup> Sobre la influencia de los autores de sátira latinos (principalmente, Horacio, Persio, Juvenal, Marcial) en Quevedo satírico, es interesante el artículo de B. SÁNCHEZ ALONSO, «Los satíricos latinos y la sátira de Quevedo», *Revista de Filología española*, tomo XI, cuaderno 1º y 2º, (1924) 33-62 y 113-151, respectivamente. Y las *Actas de la Academia Literaria Renacentista*, Universidad de Salamanca, II: *Homenaje a Quevedo*, 10 -12 de diciembre 1980. Edición dirigida por V. García de la Concha, Salamanca 1982. Con contribuciones interesantes sobre las traducciones y la influencia de algunos autores griegos y latinos en Quevedo.

Duque de Olivares -su anterior protector- y *La Hora de todos y la Fortuna con seso*<sup>13</sup>.

Quevedo da su opinión sobre Luciano en *Providencia de Dios padecida de los que la niegan y gozada de los que la confiesan*<sup>14</sup>, así reza el título completo. Dice lo siguiente<sup>15</sup>:

*Los que no creen la inmortalidad del alma dicen que ni hay Dios, ni Providencia; y son muy pocos los que la niegan, que confiesen hay Dios. Mas éstos negaron su providencia, como fueron Epicuro y Lucrecio, Demócrito y Heráclito, que afirmaron había Dios; mas no que cuidase de algo, atribuyéndolo todo a la fuerza de naturaleza. Cuanto a Epicuro, me remito a mí en lo que escribí en su defensa en el Epicteto, que traduje.*

*Pocos fueron los que absolutamente negaron que había Dios. Sacaré a la vergüenza los que tuvieron menos, y son: Diágoras milesio, Protágoras abderites, discípulos de Demócrito y Theodoro (llamado Atheo vulgarmente), y Bión borysthenites, discípulo del inmundo y desatinado Theodoro. Crece este número Luciano, cuya eminencia fue retirarse y escarnecer de un Dios y de alguno y de todos, enemigo jurado de los cristianos.*

Esta valoración hecha por Quevedo acerca de Luciano nos pone en la pista de qué es lo principal que le separa del autor griego: esa negación rotunda -por parte de Luciano- de la existencia de un Dios, y, por tanto, de la intervención divina en el orden del cosmos y en los asuntos de los hombres, y el modo cómo vive cada uno las ideas religiosas y filosóficas de su cultura y de su tiempo.

Luciano, perteneciente a la clase ilustrada, escéptico y ateo, transluce su pensamiento en la crítica que hace a todas las sectas filosóficas de su tiempo -estoicismo, platonismo medio, escuela cínica, epicureísmo, pitagorismo, escepticismo-<sup>16</sup> y se dirige a la tradición griega, bien con seriedad profunda, bien con una sonrisa irrespetuosa, que desvela a veces los fondos más oscuros de la sociedad en la que está germinando algo nuevo, debido a los adeptos de las religiones orientales y creyentes cristianos, llegando a burlarse y poner en ridículo ese cristianismo incipiente del s. II<sup>17</sup>. Quevedo, perteneciente a una cultura

<sup>13</sup> Si bien la datación de esta última obra no es fácil. El conocimiento del contexto político de los años 1632-1635 ilumina el ataque satírico de la mayoría de los cuadros de la pieza; en cambio, el último, XXXIX, *La isla de Monopantos*, según la mayoría de los críticos, por el tipo de ataque directo y abierto contra el Conde-Duque de Olivares, habría sido compuesto en 1639 o más tarde, después de la detención y encarcelamiento de Quevedo en el monasterio de San Marcos de León (desde diciembre de 1639-1643).

<sup>14</sup> Obra escrita en 1641, momento en que el autor padece el encarcelamiento en San Marcos de León. Son años llenos de desengaños; Quevedo se acerca al espíritu estoico y cristiano con la actitud propia de un creyente, como alivio de su espíritu.

<sup>15</sup> Edición de F. Buendía, pp. 1543-1617; la cita en p. 1543.

<sup>16</sup> Véase, M. CASTER, *Lucien et la pensée religieuse de son temps*, Paris 1937. J. Alsina en la Introducción, ya citada, pp. XXI-XXXVIII.

<sup>17</sup> Cf. entre sus obras, *Alejandro o el falso profeta*, con alusiones despectivas contra los cristianos, y de un modo más detallado y con un conocimiento bastante exacto de este movimiento religioso

cris­tiana, con muchos siglos de tradición, cree en la providencia de Dios y, con un enfoque utilitario de la filosofía, escoge de los filósofos antiguos aquello que enriquece y es compatible con el humanismo cristiano<sup>18</sup>.

Desvelar esa brecha que los separa nos ayudará a una comprensión más cabal de todo aquello que los une y nos permitirá indagar la influencia de la obra de Luciano en la obra de Quevedo.

En los dos se da una gran fantasía satírica y una desbordada imaginación, escriben con su acerada pluma para una sociedad muy concreta, aquélla en que les toca vivir a cada uno. *Timón* se entiende mejor si se conocen las circunstancias socio-culturales y la crisis que vive la sociedad griega del siglo II d. C. Y *La Hora de todos*, una de las obras maestras del autor, muy compleja, está llena de contenidos histórico-políticos y sociales de la España en crisis del siglo XVII. Ambos autores son empujados a componer por su propio juicio crítico, que les hace darse cuenta demasiado bien de la miseria de la sociedad en la que viven. Los tonos y acentos burlescos encubren el fondo de descontento y amargura que les embarga. Ambas obras presentan semejanzas en la estructura, en la tesis central que defienden, en el espíritu que las anima, en el desenlace, así como en muchos detalles concretos; aflora en la de Quevedo una buscada imitación lucianesca.

Luciano en *Timón* y Quevedo en *La Hora de todos* presentan una estructura binaria, con dos lugares bien delimitados: la patria de los dioses, el Olimpo, y el mundo de los hombres con su acontecer. En ambos se da un antes, previo al cambio de suerte de los hombres, y un después, tras mudar ésta, de manera que se vea bien la actuación del hombre cuando se le da una segunda oportunidad. En ambos, el tono burlesco hace bajar a los dioses y diosas tradicionales griegos y latinos de su pedestal, su conducta no difiere mucho de la humana; si bien en las dos obras, los dioses son espectadores de las injusticias que hay en el mundo y reaccionan finalmente ante tales males; pondrán los medios para mudar ese estado de cosas, ingeniando un mecanismo que logre un vuelco en el acontecer humano.

Es común también la personificación de abstracciones: Pluto (Riqueza), Penía (Pobreza), con sus acompañantes respectivos, y Tesoro, en la obra de Luciano; Fortuna y Ocasión, en Quevedo; abstracciones que desempeñan un papel semejante y llegan a ser verdaderos personajes que entablan relaciones con los dioses y los hombres.

---

trata en *Sobre la muerte de Peregrino*, en donde presenta a los cristianos como víctimas inocentonas de este complejo personaje Peregrino, entre buscador de la verdad, teúrgo y filósofo cínico.

<sup>18</sup> Véase, A. FONTÁN, «Las tres corrientes del humanismo español», *Atlántida*, Madrid, IV (1966) 443-453.

El tema central de fondo es lo mal que va el mundo y la falta de salida a esta situación, en la que todo lo domina la injusticia en el reparto de la riqueza, el dinero como motor del engranaje social de los acontecimientos de la época, y sus previsibles consecuencias destructoras tanto en el plano psicológico, como en el moral y social. Analicemos las dos obras.

La de Luciano comienza con la queja de Timón y con su enérgica increpación a Zeus, por su pasividad ante las injusticias humanas; le aplica a Zeus una sarta de epítetos altisonantes, paródicos de los homéricos; un dios que duerme indolente, ni vigila a los delincuentes, ni oye a los perjuros. Lo ridiculiza y le recuerda los ultrajes y burlas que recibe. Se espera, ya hace tiempo, que reavive el rayo y castigue tanta injusticia como hay en la tierra. Le dice:

*Pero, tú, valeroso Matagigantes y Vencetitanes, permaneciste sentado mientras cortaban tus largos rizos, blandiendo en la diestra un rayo de diez codos. ¿Cuándo, dios maravilloso, vas a cesar de tolerar estos ultrajes con tal negligencia? ¿cuándo vas a castigar tan grande injusticia? (c. 4).*

*¿Y cómo no, cuando tú duermes como bajo los efectos de la mandrágora, tú que ni oyes a los perjuros, ni vigilas a los injustos, y tienes los ojos legañosos y miopes ante los acontecimientos, y los oídos embotados como los ancianos? (c. 2)<sup>19</sup>.*

Timón tras presentar la situación general, habla de su propia suerte. Habiendo sido hombre rico y piadoso con los dioses, bueno y generoso con los hombres más desafortunados, sufre en su propia persona la extrema pobreza y el abandono de todos. Zeus ordena a Hermes que acompañe como lazarillo a Pluto y que vayan al Ática en ayuda de Timón.

Por su parte, Quevedo en el prólogo presenta a un Júpiter, encolerizado por lo que ocurre en la tierra, convoca a consejo a todos los dioses (Marte, Baco, Saturno, Neptuno, Plutón, Sol, Venus, Luna, Pan), que son descritos en sus atributos con tono burlesco. Comienza así:

*Júpiter hecho de hieles se desgañifaba poniendo los gritos en la tierra. (...) Marte, donquijote de las deidades, entró con sus armas y capacete, y la insignia de viñadero enristrada echando chuzos, y a su lado el panarra de los dioses, Baco, con su cabellera de pámpanos (...) (pp. 61-62).*

Mercurio se presenta a Júpiter, y éste le ordena traer rápidamente a Fortuna, quien vendrá acompañada de Ocasión, para tratar de acordar entre todos una salida a la injusticia en que viven los hombres.

Pluto, acompañado de Tesoro, en *Timón*, tiene un papel semejante al de Fortuna, acompañada de Ocasión, en *La Hora de todos*. Veamos la coincidencia de los dos textos en la aparición de tales abstracciones, personificadas como divinidades, si bien con el nombre griego en Luciano y el latino en Quevedo.

---

<sup>19</sup> La traducción de *Timón* de Luciano es la que me aparecerá publicada próximamente en la colección Alma Mater, CSIC, Madrid.

Zeus dice a Hermes, una vez enterado de lo que sufren los hombres y Timón, en particular, como representante de ellos:

*Ahora bien, Hermes, coge a Pluto y acude a su encuentro (de Timón) a toda velocidad; que Pluto lleve también a Tesoro consigo (...) (c. 10).*

En *La Hora de todos* Júpiter dice a Mercurio:

*¡Dios virote, dispárate al mundo! Tráeme aquí en un abrir y cerrar de ojos a la Fortuna, asida de sus arrapiezos (...) (p. 65). Detrás venía como fregona la Ocasión (p. 66).*

Veamos dos pasajes acerca de Pluto, en la de Luciano, y sobre Ocasión, en la de Quevedo.

Dice Hermes de Pluto:

*¡Qué liso y resbaladizo eres, Pluto! ¡Qué difícil de coger y qué dispuesto a huir! No ofreces ningún asidero firme, sino que, como las anguilas o las serpientes, te escapas, no sé cómo, por entre los dedos (c. 29).*

En *La Hora de todos*, Quevedo, al describir a Ocasión, parece evocar el pasaje anterior de Luciano:

*Era éste más resbaladizo que anguila, culebreaba deslizándose al resuello de las palabras (p. 66). Más adelante: Estas (necesidades de los hombres) son el hielo en que yo me deslizo (p. 69).*

En otro momento, dice Pluto a Zeus:

*Envíame, Zeus, a aquellos que se gocen en la fortuna, a los que me cuiden, a quienes me honren y me deseen mucho; sigan esos necios acompañados de Pobreza (c. 12).*

Dice Ocasión defendiendo a su ama Fortuna:

*Yo la dispongo, yo la reparto, y de lo que los hombres no saben recoger ni gozar, me acusan (p. 69).*

Grandes coincidencias se dan entre la caracterización de Pluto, en *Timón*, y Fortuna, en *La Hora de todos*. Veamos el diálogo que se da entre Hermes y Pluto, cuando aquél le acompaña, como lazarillo, en su camino desde el Olimpo hasta el Ática: Hermes dice a Pluto:

*Eso que dices es lo que suele suceder casi siempre. Mas cuando caminas por tus propios pies, ¿cómo, siendo tan ciego, encuentras el camino? ¿y cómo distingues a aquellos a quienes te envía Zeus por considerar que son merecedores de alcanzar la riqueza?*

Pluto.- *¿Crees que yo descubro quiénes son? ¡Por Zeus, que no! Pues no habría dejado a Aristides<sup>20</sup> para ir al encuentro de Hipónico<sup>21</sup> y Calias y de otros muchos atenienses que no son dignos de tener ni un óbolo.*

---

<sup>20</sup> Aristides el Justo desempeñó los cargos más elevados en Atenas y murió en la mayor pobreza.

<sup>21</sup> Hipónico es hijo de Calias y fue el padre de otro Calias, el que obtuvo la gran fortuna de la

Hermes.- *En ese caso, ¿qué haces cuando te envía?*

Pluto.- *Ando extraviado arriba y abajo, dando vueltas hasta que doy inesperadamente con alguien.*

Hermes.- *¿Entonces Zeus está en un error creyendo que tú, de acuerdo con sus decretos, haces ricos a quienes él estima dignos de poseer riquezas?*

Pluto.- *Sí, y muy merecidamente, amigo mío, pues a sabiendas de que soy ciego me envía en busca de una cosa tan difícil de hallar (...). Así que, como los buenos son escasos, y los malos muchísimos en las ciudades, invadiéndolo todo, es más fácil que me encuentre con estos últimos en mis rodeos (...)* (cc. 24-25).

En *La Hora de todos*, Júpiter ordena a Mercurio, quien acude en volandas ante él, que traiga a Fortuna; y como dice Quevedo:

(Mercurio) *volvió hecho mozo de ciego y lazarillo, adestrando a la Fortuna, que con un bordón en la una mano venía tentando (...). Traía por chapines una bola (...). Fortuna llega de puntillas sobre la bola, cercada por una rueda, encordelada de hilos (...), que con sus vueltas se tejían y destejían* (p. 66).

Con sus vaivenes juega igual con los dioses que con los hombres. Éstos últimos saben que es rueda y que sube y baja, *y que por esta razón bajan para subir y suben para bajar* (p. 69). La rueda de la Fortuna nunca se para (p. 69). Dice Fortuna a los dioses:

*Por tener los ojos acostados y la vista a buenas noches, no atisbo quién sois los que asistís a este acto. (...) con todos hablo, y primero contigo, oh Jove, (...) ¿qué se te antojó ahora de llamarme, habiendo tantos siglos que de mí no te acuerdas?* (pp. 66-67).

Quevedo caracteriza a Fortuna como ciega, con poder sobre dioses y hombres, inestable y cambiante, sobre su rueda sube y baja sin parar; muy probablemente tiene presente las escenas de *Timón*, ya que Pluto también es ciego, cojo, sube y baja, da vueltas, anda desorientado, pasa de un hombre a otro con extrema rapidez y de manera arbitraria. Pluto igual que Fortuna, ciegos ambos, acuden al mundo de los hombres y de los dioses acompañados por Hermes (Mercurio en Quevedo) como lazarillo.

Después se entabla un debate entre Júpiter y Fortuna, el olímpico la hace responsable de los males que acosan a los hombres. Fortuna se defiende con argumentos convincentes y dice que ella es cuerda y son los propios hombres perezosos y descuidados.

Este enfrentamiento parece un eco de los agones que se dan entre Timón y Zeus, y Pluto y Hermes, en la obra de Luciano. Para Timón, el culpable de que predominen los inicuos y delincuentes es Zeus, pero Hermes le echa la culpa a Pluto. Éste se defiende y hace ver que son los hombres los responsables de su situación. Los discursos son en contenido y en tono semejantes en ambas

---

que disfrutaron sus sucesores de manera bien manifiesta, según las citas de los textos antiguos griegos.



obras, aunque en boca de diferentes divinidades. Los reproches que Fortuna dirige a Júpiter y los argumentos que utiliza nos llevan a los que Timón expresa contra Zeus; y cuando Júpiter ataca a Fortuna nos recuerda el diálogo de acusación que Hermes sostiene con Pluto y los argumentos que éste esgrime, para mostrar su inocencia. Veamos algunos pasajes. Timón dice encolerizado contra Zeus:

*¡Oh Zeus (...), fulminador, y guardián de juramentos, y amontonador de nubes, y altitonante, y demás epítetos con que te invocan los poetas (...) -y de manera especial cuando tienen dificultades métricas, pues entonces adquiriendo multitud de nombres para ellos, sostienes los puntos débiles del metro y rellenas los vacíos del ritmo! (...) Pues todo esto se ha revelado ya como bagatelas sin sentido y puro tufo poético excepto en la resonancia de las palabras. Tu célebre arma (...) se ha apagado por completo y está fría, y no conserva ni una leve chispa de cólera contra los inicuos (c. 1). Por tanto, recoges la recompensa que mereces por tu indolencia. Nadie te dedica ya ni sacrificios ni coronas. (...) Y dentro de poco, ¡oh el más noble de los dioses!, tras privarte de tus honores, te están convirtiendo en un Crono<sup>22</sup>, tras privarte de tus honores (c. 4).*

En la de Quevedo, Fortuna ataca a Júpiter diciendo:

*Yo espero ver vuestro endiosamiento muerto de hambre por falta de víctimas, y de frío, sin que alcancéis una morcilla por sacrificios, ocupados en solo abultar poemas y poblar coplones, gastados en consonantes y en apodos amorosos, sirviendo de munición a los chistes y a las pullas (p. 70).*

Y Júpiter increpa a Fortuna por desprestigiar a los dioses:

*Borracha, tus locuras, tus disparates y tus maldades son tales que persuades a la gente mortal que no hay dioses y que el cielo está vacío y que soy un dios de mala muerte (p. 67).*

En otro momento dice Pluto a Zeus en la obra de Luciano:

*Realmente, si investigas la verdad, te parecerá que tengo razón en ambos casos. Pues esa extrema largueza de Timón podría considerarse razonablemente como descuido y falta de benevolencia hacia mí (c.15).*

Y en otro pasaje Pluto dice a Timón:

*Yo fui ultrajado por ti, al entregarme de manera tan desconsiderada a esos malditos que te halagaban y te seducían (...). Y en cuanto a lo último que dijiste, que te he abandonado; al contrario, (...) tú me alejaste por todos los medios, hasta arrojarme de cabeza fuera de tu casa (c. 38). De eso me indigno también yo, de que unos me echen a patadas de manera deshonrosa y me engullan y me desparramen, mientras otros me someten a grilletes como a un esclavo fugitivo marcado a estigma (c. 17).*

Y Timón dice a Hermes:

*Ése (Pluto) fue para mí causante de innumerables males, al entregarme a aduladores, atraer a insidiosos, despertar odio, corromperme de molición, hacerme centro de envidias, y, por último, abandonarme de repente tan infiel y traidoramente (c. 36).*

---

<sup>22</sup> Crono fue destronado por Zeus.

Con otras palabras veamos semejantes ideas en la obra de Quevedo; Fortuna en *La Hora de todos* se expresa así:

*Yo soy cuerda y sé lo que hago. (...) Si hay beneméritos arrinconados y virtuosos sin premios, no toda la culpa es mía: a muchos se los ofrezco que los desprecian y de su templanza fabricáis mi culpa. Otros, por no alargar la mano a tomar lo que les doy, lo dejan pasar; otros me lo arrebatan sin dárselo yo; más son los que me hurtan lo que les niego que los que tienen lo que les doy; muchos reciben de mí lo que no saben conservar, piérdeno ellos y dicen que yo se lo quito (...)* (pp. 67-68).

Una vez Timón expone la situación injusta general, pasa a la suya propia, de ahí que Penía y Pluto van a ser el tema principal y dominarán como abstracciones personificadas en la obra, desarrollando las consecuencias de su presencia en los diferentes personajes o tipos sociales que se mueven en torno a ellas. Una engendra bienes y virtudes y otra, vicios y males. Pluto llega a predicar el término medio: *alabo a los que adoptan un término medio -que es lo mejor- ni me aborran por completo ni me dilapidan enteramente* (c. 16).

En *La Hora de todos*, la Fortuna es también la causante de los males; el planteamiento, sin embargo, va a ser más detallado y las situaciones contradictorias serán muy variadas, aunque el tema de la riqueza va a ser el predominante y es el que está presente en la mayoría de los cuadros. Quevedo denuncia muchos más tipos de injusticias y de situaciones paradójicas provocadas por la Fortuna. Para él, el ser humano es también el culpable -y no la riqueza en sí- si no sabe cortar los excesos.

Llegados a este punto, debemos comentar los textos en que ambas obras dan un giro, después de que se haya producido un cambio de la situación en el mundo. Se busca una salida. Pluto y Fortuna tienen la misma función en sus respectivas obras: hacer posible esa mutación de la suerte, aunque los mecanismos que van a emplear son diferentes.

En *Timón*, Zeus discute con Pluto, agón en el que cada uno defiende actitudes opuestas (cc. 12-17), y lo convence para que se presente a Timón y lo acompañe. Hermes, como lazarrillo, y Pluto se van juntos del Olimpo al Ática; se produce un diálogo, entre ellos sobre la mutabilidad de las riquezas humanas, sobre la ambición, la tacañería, el despilfarro; se alude a la actuación de ladrones, perjuros, delincuentes, inicuos, opresores, raptos de herencias, etc. Se señalan muchas situaciones injustas que se dan en los seres humanos y en Timón de modo particular, que representa el actuar humano. Y se opera el cambio para Timón, merecido por su honradez y conducta; encuentra a Tesoro, que se le presentó donado por Pluto.

En la *Hora de todos*, tras el diálogo con injurias mutuas entre Júpiter y Fortuna, éstos se ponen de acuerdo, y Júpiter decreta *que en el mundo en un día y en una propia hora se hallen de repente todos los hombres con lo que cada uno merece* (p. 71). La Fortuna, en el día y hora señaladas (veinte de junio a las tres de la tarde), *empezó a desatar la rueda, que arrebatada en huracanes y vueltas, mezcló en nunca vista confusión*

*todas las cosas del mundo* (p. 71). Deja ver lo que pasa en la tierra, cuando se cambia el orden de lo establecido. Y comienza la sucesión de cuadros, en los que tras la llegada de la Hora se da, en cada uno, una situación nueva, inversa, contrapuesta, paradójica, diferente del estado anterior. El desfile de esos cuadros de la vida es muy numeroso, son cuarenta, y podría ser infinito. La Hora llega a médicos, boticarios, escribanos, abogados, jueces, alguaciles, poetas, taberneros, barberos, sastres, presos, alquimistas, estafadores, viejas coquetas, casamenteros, charlatanes, aduladores de potentados, políticos, reyes, validos, y un sinfín más; son como mimos, escenas de la vida llevadas en muchos casos a la exageración y caricatura, para mejor denunciar los males del mundo y el antes y el después de la Hora.

Los cuadros políticos, en Quevedo, presentan un contenido más complejo sobre los personajes o sobre su situación previa y posterior al cambio; se dan discursos contradictorios sobre temas de reflexión política, con clara repercusión social y económica, que ponen de manifiesto la oposición que existe entre las ideas y la realidad; a veces son sólo revelaciones o denuncias; pero el significado profundo es el mismo que el de los otros cuadros. La Hora reprende (33, 36), aconseja (cuadros, 24, 29), diagnostica (34), castiga (15, 35); saca a la luz las falsas justificaciones, las grandes mentiras de la política de los Estados.

Fortuna, por medio de la Hora, denuncia públicamente la maldad escondida bajo la apariencia de respetabilidad y de otras muy numerosas formas, representadas en las cuarenta escenas. Pluto, en Luciano, desvela su propia máscara y hace ver cómo detrás de ella se ocultan la ignorancia y el engaño; y cuando los hombres abren la puerta a Pluto, con él penetran subrepticamente los vicios: la Vanidad, la Insensatez, el Orgullo, la Molición, la Insolencia, el Engaño y otros mil de esa índole. En cambio, la Pobreza se hace acompañar de Trabajo, Constancia, Sabiduría, Fortaleza. Ambos autores se complacen en la crítica que hacen de los vicios de sus épocas respectivas. Quevedo describe un gran número de tipos sociales; Luciano los concentra en el adulador, el ingrato, el falso amigo, el orador o el abogado, el charlatán, el falso filósofo, que se presentan a Timón de nuevo, después de cambiar su suerte. En *La Hora de todos* aparecen muchos personajes políticos, fruto de las circunstancias históricas concretas. Luciano también hace mención, aunque en mucho menor número, de personajes del pasado histórico griego, bien conocidos en Atenas (Aristides, Hipónico, Calias, Hipérbolo, Cleón) y en términos generales ataca a los filósofos de su época como hipócritas que se devanan los sesos en discusiones huecas sobre la virtud, cuando la realidad delata el imperio del vicio.

Luciano, como Quevedo, con la pintura de escenas caricaturizadas de la vida, con el contraste y los opuestos, denuncian una amarga realidad. La paradoja, el mundo al revés, les permite mostrar un conocimiento profundo del mundo. Ambos utilizan las situaciones contradictorias como elemento satírico-burlesco, para reflejar el estado de injusticia que hay en la sociedad: los dioses deben ser

protectores, pero los hombres se sienten abandonados de los dioses; los buenos, honrados y trabajadores son pobres, en cambio los malhechores son ricos; filantropía y bondad engendran ingratitud; la pobreza crea felicidad, por tanto debe odiarse la riqueza que proporciona esclavitud y desdicha. Según se deduce de sus textos, ambos autores dan una visión, a nivel socio-político, conservadora.

El tema omnipresente, en ambas obras, es el dinero, capaz de pervertirlo todo; bajo las formas de riqueza, divinización del dinero, adulación al que lo posee, parasitismo, codicia, usura, avaricia, despilfarro, causa del comercio, enriquecimiento a través de la trampa, el robo, etc. Los dos autores analizan, de manera más exhaustiva Quevedo, las consecuencias destructoras que provoca el dinero en la sociedad y en el individuo, cuando es la fuerza motora de los ciudadanos, llegando a dominar la corrupción en todos los niveles sociales.

La Hora llega a todos y la nueva situación creada no es mejor que la anterior, no consigue mayor armonía en el ciudadano, ni justicia y paz en la sociedad. Las contradicciones y oposición de situaciones pueden ser innumerables, pero casi todas enseñan lo mismo: después de la Hora la situación no ha mejorado en ninguno de los cuadros descritos.

Timón, cuando descubre el tesoro enterrado, al cavar la tierra con su azadón, queda maravillado, se siente atraído por el oro y le deslumbra. Tesoro, personificado, se apodera de él, y, tras la máscara aparente de brillo y prosperidad, entra, a la vez que Tesoro, la escolta de Pluto, nutrida de vicios en su alma. La nueva situación de riqueza de Timón atrae a los mismos personajes que en la primera ocasión en que había sido rico, y con los mismos fines. Desde lejos, llegan a visitarle al campo, donde está cavando, el parásito, el falso amigo, el vano orador y demagogo, el filósofo hipócrita (46-58)<sup>23</sup>, y él se ensañará con ellos de manera muy cruel. La ingratitud anterior sufrida le incapacitó para ser el mismo Timón que había sido, generoso y piadoso. De nuevo rico, se comportará como un nuevo misántropo: compra una finca y construye una fortaleza sobre el tesoro, en la que vive él solo según sus propias leyes impías, antihumanitarias y antisociales. Luciano crea un nuevo personaje, más drástico, con tintes más amargos que le inspira la sociedad en la que vive. Su sarcasmo le lleva a dar un paso más allá. La riqueza, la ingratitud y la adulación existen, pero si creamos un mundo diferente para evitarlo, si hacemos posible un nuevo orden de cosas, si a Timón le damos la opción de ser otra vez rico, las consecuencias son mucho peores. La desconfianza de Luciano es total en las relaciones humanas y en la naturaleza del hombre.

---

<sup>23</sup> Véase mi artículo, «Algunas consideraciones sobre *Pluto* de Aristófanes y *Timón o el Misántropo* de Luciano», *Archivum*, Universidad de Oviedo, 46-47 (2000) 191-209.

En *La Hora de todos*, después de todos los cuadros, en el epílogo, Quevedo, vuelve a hacer hablar a los dioses, que han sido espectadores y árbitros de lo que pasaba. Júpiter dice en un párrafo de su discurso:

*He advertido que en esta hora, que ha dado a cada uno lo que merece, (...); de lo que se ha seguido que los que eran hombres de bien se hayan hecho pícaros, y los que eran pícaros, hombres de bien. Para satisfacción de las quejas de los mortales, que pocas veces saben lo que nos piden, basta este poco de tiempo, pues su flaqueza es tal, que el que hace mal cuando puede, lo deja de hacer cuando no puede; y esto no es arrepentimiento, sino dejar de ser malos a más no poder. (...) La Fortuna encamine su rueda y su bola por las rodadas antiguas, y ocasione méritos en los cuerdos y castigos en los desatinados; a que asistirá nuestra providencia infalible y nuestra presencia soberana (p. 221).*

Júpiter defiende la tesis de dejar el mundo como está. No es mala la Fortuna, sino el hombre; éste con sus errores y vicios provoca su suerte; invoca como ayuda a la divina providencia. Sólo cabe resignación, así dice:

*(De la Fortuna) todos reciban lo que les repartiere, que sus favores o desdenes por sí no son malos, pues sufriendo estos y despreciando aquellos, son tan útiles los unos como los otros. (...) Y a la Fortuna le permitimos que se queje de los hombres, que usando mal de sus prosperidades o trabajos, la difaman y la maldicen (pp. 221-222).*

Una lectura atenta de las dos obras, deja ver la amargura profunda que hay en ambos autores, y su pesimismo sobre la naturaleza humana. De manera más acusada y dramática en Luciano, ya que Quevedo confía en la divina providencia, como nos mostrará también en su obra escrita unos años más tarde, la *Providencia de Dios*.

Luciano y Quevedo, dos genios, prolíficos, tan separados en el tiempo (en torno a quince siglos), están muy próximos, en cambio, en su talante intelectual, satírico y filosófico a la vez, en la dura crítica que ambos realizan de la realidad que a cada uno le ha tocado vivir; dos mundos en crisis, de los que rezuma, con gran humor e ironía, un profundo pesimismo. Luciano, en su mundo al revés, contempla ese ideal de un nuevo planteamiento, una nueva organización de las relaciones sociales como algo inviable, de consecuencias aún mucho peores. Quevedo -con grandes ecos de Luciano-, en su jocoso trastocarlo todo defiende también que las cosas no son mejores si se cambian.

Ambas obras podrían considerarse como una diatriba, una sátira de costumbres y un panfleto político, más detallado en *La Hora de todos*, con una reflexión sobre un mundo real contradictorio. Podríamos tal vez, acabar definiéndolas como dice Quevedo en la dedicatoria de su obra, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, a Don Alvaro de Monsalve: *El tratadillo, burla burlando, es de veras. Tiene cosas de las cosquillas, pues hace reír con enfado y desesperación. (...) Bien sé que le han de leer unos para otros y nadie para sí.*